

nuevamente en demostrar que no podía correr ningun peligro; en ambas cartas prometia escribir tan pronto como llegase al término de su viaje, y darles con toda frecuencia noticias suyas.

El dia siguiente fué sumamente angustioso; por la primera vez, desde que se hallaban casados, Carlos tenia una preocupacion no compartida por Lucia; costábale un inmenso trabajo el no revelarle el estado de su corazon. Disponíase á hacerlo á cada momento, porque extrañaba sobremanera el pensar ó ejecutar algo sin el dulce apoyo que siempre hallaba en ella; pero al verla tranquila y risueña, retenia las palabras que querian escaparse de sus lábios, y continuaba disimulando su turbacion. A pesar de lo penosa que hallaba esta lucha, el dia trascurrió rápidamente. Al llegar la noche, pretestó tener que acudir á una cita, y dijo que tal vez tardaria en volver; abrazó varias veces á su mujer y á su hija, recogió la pequeña maleta que con todo secreto habia preparado, y desapareció en medio de la espesa niebla, con el alma más triste que las sombrías calles que iba recorriendo.

Confió sus dos cartas á un amigo de confianza, y le encargó que no las entregase hasta despues de las once y media; luego montó á caballo, llegó á la carretera de Douvres, y comenzó su viaje con el corazon oprimido al recuerdo de los seres queridos que dejaba en la ciudad.

«En nombre de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor,» exclamaba para sí; y recobrando nuevas fuerzas al repetir aquellos gritos de angustia, corrió hácia el precipicio, cuya irresistible atraccion no era ya posible resistir.

## LIBRO TERCERO.

### LA TEMPESTAD.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### Incomunicado.

Ir de Inglaterra á Paris en el mes de Agosto de 1792, era una árdua y temeraria empresa. Aun en los tiempos en que el rey de Francia reinaba en todo su esplendor, el lastimoso estado de los carruajes, de los caminos y de los caballos, hubieran sido suficientes motivos para prolongar indefinidamente el viaje; pero las circunstancias políticas añadian á las dificultades de la marcha otra porcion de obstáculos mucho más graves. A las puertas de las ciudades y á la entrada de los pueblos, hallábanse situadas varias partidas de ciudadanos patriotas, armados de mosquetes nacionales, siempre dispuestos á dispararse, que detenian á los viajeros, les hacian sufrir mil y mil interrogatorios, examinaban sus papeles, buscaban sus nombres en las listas que tenian siempre á mano, los dejaban pasar, los hacian volver al lugar de donde procedian, ó los metian en chirona, segun lo que la imaginacion del improvisado tribunal juzgaba más fa-

vorable al nacimiento de la República una é indivisible, y al advenimiento de la divisa: *¡libertad, igualdad, fraternidad ó muerte!*

Cárlos Darnay notó á poco de haber penetrado en Francia la imposibilidad en que se hallaba de desandar lo andado sin ir antes á París á recibir su correspondiente título de ciudadano. Suciediera lo que quisiera, le era indispensable proseguir su viaje; no porque se hubiesen cerrado trás él las puertas y las barreras, sino porque presentia un invencible obstáculo entre él y la Gran Bretaña; si le hubiesen cogido en una red ó trasportado en una jaula al punto de su destino, no hubiera sido mayor la persuasion que abrigaba de haber perdido positivamente su libertad.

La suspicaz vigilancia de los patriotas le detenía en todas las puertas, le perseguía por todas partes, le traía y le llevaba de un lado para otro, le precedía y le detenía anticipadamente, le servía de escolta y retardaba su marcha.

En una palabra, muchos dias despues de su llegada á Francia, estaba aún lejos de París, y rendido y estenuado con tanta fatiga, se quedó á dormir en un pueblecillo situado en la carretera.

Aun así y todo no hubiera llegado á aquel punto si nó hubiese mostrado la carta de Gabelle; las infinitas dificultades que se le habian suscitado en el último cuerpo de guardia, le hacian suponer que tocaba á un punto crítico de su viaje. Por eso no fué muy grande la sorpresa al ver que venian á despertarle á media noche.

Era la autoridad local: un funcionario tímido, acompañado de tres patriotas con gorro colorado, los cuales, con la pipa en la boca, se instalaron sin cumplido alguno sobre el lecho del viajero.

—Emigrado, dijo el funcionario, os envío escoltado hasta París.

—No tengo más deseo que llegar allí cuanto antes, ciudadano; pero la escolta no es necesaria.

—¡Silencio! dijo gruñendo uno de los gorros colorados, y golpeando al mismo tiempo la cama con la culata de su mosquete: ¡Cállate, aristócrata!

—Como dice muy bien este excelente patriota, añadió el tímido funcionario, vos sois un aristócrata, y por esa razon necesitais una escolta; pero debeis pagarla de vuestro bolsillo.

—Accedo á vuestros deseos, toda vez que no puedo pasar por otro punto, replicó Darnay.

—¡Pues no dice que no puede pasar por otro punto, exclamó el gorro colorado; como si no se le hiciese bastante favor no colgándole de la linterna!

—Tiene razon este buen patriota, repitió el funcionario. Emigrado, levantáos y vestíos inmediatamente.

Cárlos fué conducido al cuerpo de guardia, en el cual fumaban, bebían ó dormían otros ciudadanos provistos de sus correspondientes gorros colorados. Obligáronle á entregar una suma bastante considerable para pagar su escolta, y se puso en camino á lo largo de unos inmensos barrizales, á cosa de las tres de la madrugada.

Dos patriotas á caballo, armados de gorro colorado, escarapela nacional y sable y mosquete nacionales, marchaban á uno y otro lado del sospechoso. Este guiaba su montura; pero una cuerda atada á la brida de su caballo, terminaba en el brazo de uno de los hombres de la escolta. De este modo atravesaron el pueblo en medio de una lluvia torrencial, y recorrieron impracticables lodazales.

Viajaban de noche, hacían alto una ó dos horas despues de la salida del sol, y descansaban hasta el oscurecer. Los dos hombres de la escolta se preservaban un tanto del agua cubriéndose las piernas y los hombros con unos ingeniosos aparatos de paja.

A pesar del disgusto de verse en semejante compañía

y del peligro que le hacia correr su vecino que, víctima de una borrachera crónica, tenia su mosquete de una manera poco tranquilizadora. Carlos continuó abrigando gran confianza en sus antecedentes. «Nada de todo esto, decia para sí, me concierne particularmente; es una medida general cuyo rigor cederá ante los hechos especiales que puedo hacer constar, hechos que además serán confirmados por ese pobre Gabelle.»

Pero cuando llegaron á Beauvais á primera hora de la noche, comenzó á comprender el carácter alarmante que iba tomando su situacion. La multitud se agolpó en torno de la casa de postas para contemplar á los viajeros, y numerosas voces empezaron á gritar: «¡Muera el emigrado! ¡Muera el aristócrata!»

Darnay, que iba á apearse, continuó á caballo, creyendo que así se hallaba más seguro.

—¡Yo emigrado! dijo, ¿pues no veis que me hallo en Francia por mi propia voluntad?

—¿Pues qué eres entonces? exclamó un herrador que, martillo en mano, se acercó al viajero. ¿Qué eres sino un emigrado, un perro aristócrata?

El maestro de postas impidió que aquel hombre se apoderase de la brida del caballo de Mr. Darnay, y le dijo con tono conciliador:

—Déjale, amigo mio, déjale; ya le juzgarán en París.

—¡Sí que le juzgarán! repitió el herrador blandiendo su martillo; le juzgarán y le condenarán como traidor.

La multitud lanzó un rujido de aprobacion.

Carlos Darnay detuvo al maestro de postas en el momento en que éste volvía la cabeza de su caballo hácia el pátio de la posada, y dirigiéndose á la multitud, así que pareció prestarle alguna atencion:

—Os han engañado, dijo, ú os engañais vosotros mismos; yo no soy un traidor, sino todo lo contrario.

—¡Miente! gritó el herrador; desde la publicacion del

decreto es traidor con arreglo á la ley; su vida no le pertenece ya; su vida es del pueblo.

Mr. Darnay vió brillar un relámpago en los ojos de los espectadores, la multitud se puso en movimiento, y hubiera acabado con él si el maestro de posta, cogiendo de la brida su caballo, no le hubiese hecho entrar en el pátio.

Los dos ciudadanos que componian la escolta y que hasta entonces habian permanecido inmóviles, siguieron al aristócrata; el posadero cerró la puerta inmediatamente y la aseguró por la parte interior con un fuerte barrote. En el momento de echar los cerrojos, el martillo del herrador comenzó á golpear la puerta violentamente, la multitud vociferó á sus anchas y se alejó sin hacer ninguna otra cosa de particular.

—¿Qué decreto es ese de que hablaba el herrador? preguntó Carlos al maestro de postas despues de darle las gracias por su oportuna intervencion.

—Un decreto que dispone la venta de los bienes de los emigrados.

—¿Y cuando ha sido expedido?

—El dia catorce.

—¡Y yo que he salido de Inglaterra el dia quince!

—Hay todavía más: dicese que los expatriados son expulsados del territorio y condenados á muerte si vuelven á pisar el suelo de Francia. Ahora comprendereis por qué decia ese hombre que vuestra vida pertenecia al pueblo.

—¿Pero existen efectivamente esos decretos?

—¡Qué sé yo! respondió el maestro de postas encogiendo de hombros; si no se han publicado ya, se publicarán dentro de muy poco, lo cual viene á ser lo mismo. ¿Qué se le ha de hacer?

Descansaron en un granero, sobre un poco de paja, y se pusieron nuevamente en camino cuando las gentes se apaciguaron algun tanto, es decir, á una hora ya bastante

avanzada. Entre los numerosos cambios que habian sufrido los accidentes de la vida ordinaria, uno de los que más daban cierto carácter fantástico á aquel viaje nocturno, era la falta de sueño y de descanso. Nuestro viajero y su escolta, despues de aguijonear largo tiempo sus caballos por aquellos oscuros caminos, llegaban á un pueblecillo de mala muerte; en vez de hallarse envuelto entre tinieblas, veíase luces en todas las ventanas, y los habitantes bailaban alegremente en torno del árbol de la libertad, ó cantaban patrióticos himnos. Afortunadamente, todo el mundo dormia en Beauvais aquella noche. Los tres ginetes salieron de la ciudad sin ningun tropiezo, y se hallaron al poco rato en medio de la enlodada carretera, con un frio impropio de la estacion, entre infelices campos, salpicados de trecho en trecho por los ennegrecidos restos de varias casas destruidas por el fuego, la brusca aparicion de una emboscada y la violenta detencion de las patrullas que recorrían los caminos.

Al rayar el dia, llegaron por fin á la vista de París.

La puerta de entrada no estaba aún abierta y se hallaba custodiada por una fuerza bastante numerosa.

—¡A ver los documentos del prisionero! gritó con voz seca uno de los jefes del puesto, llamado por el centinela.

Al oirse llamar prisionero, Carlos Darnay indicó cortesmente al hombre de la voz seca, que él era un ciudadano francés, y que viajaba por su propia voluntad, y que, si iba acompañado de una escolta, era por la situacion en que se hallaba el país, y la costeaba de su propio peculio.

—¡A ver los documentos del prisionero! repitió el mismo individuo, sin hacer caso alguno de las palabras del viajero.

El patriota de la embriaguez crónica tenia en su gorro los documentos exigidos, y los entregó á la persona que los exigia. Al examinar la carta de Gabelle, el jefe

se turbó algun tanto, manifestó cierta sorpresa y dirigió á Mr. Darnay una profunda y escrutadora mirada.

En seguida, entró en el cuerpo de guardia sin proferir una sola palabra y dejando á la escolta y al escoltado clavados en sus respectivos caballos. A todo esto, nuestro viajero, examinando todo cuanto pasaba á su alrededor, vió que la numerosa fuerza que custodiaba la puerta se componia de algunos soldados y gran número de patriotas; que las carretas de hortalizas y otros productos, los aldeanos y los traficantes de todas clases que contribuían al abastecimiento de la capital, entraban en ella sin ser molestados; pero salían con suma dificultad, aún cuando fuesen gentes de la más infima condicion.

Una infinidad de hombres y de mujeres de diversas gerarquías, y gran número de animales y de vehiculos de todas clases esperaban que se les dejase el paso libre; pero el exámen de los individuos se verificaba tan escrupulosamente, que la multitud se agolpaba cada vez más en las inmediaciones de la puerta. Algunas personas, comprendiendo que aún tardaría en llegarles su turno, se habian tendido á la larga para fumar ó dormir, en tanto que otras charlaban ó se paseaban, haciendo tiempo, de un lado para otro. Los hombres y las mujeres llevaban el gorro encarnado y la escarapela tricolor, cuyo uso se habia hecho ya casi indispensable.

Despues de esperar más de media hora, Carlos se halló frente á frente con el hombre de la voz seca á quien habia visto anteriormente. Aquel hombre entregó á los dos patriotas un recibo del prisionero y mandó á éste que se apease. El viajero obedeció, y su escolta, conduciendo por las bridas sus respectivas monturas, emprendieron el camino de Beauvais, sin haber puesto siquiera los pies en la ciudad de París.

Mr. Darnay siguió al hombre que le habia obligado á apearse, y entró en una sala del cuerpo de guardia que

apestaba á vino y á tabaco, llena de soldados y de patriotas dormidos ó despiertos, borrachos ó sin desayunarse, tendidos por los rincones, recostados contra las paredes ó de pié en el centro de la habitacion. La luz que les alumbraba, mezcla de los últimos resplandores de una lámpara casi apagada y de los primeros rayos de un cielo nebuloso, flotaba indecisa entre las sombras de la noche y la claridad del día. Encima de una mesa hallábanse varios registros, y delante de aquellos registros veíase un hombre de rostro desapacible y bruscos modales.

—Ciudadano Defarge, dijo disponiéndose á escribir y dirigiéndose al individuo que acompañaba á Darnay, ¿es ese el emigrado Evremont?

—Sí, ciudadano.

—¿Cuál es tu edad, Evremont?

—Treinta y siete años.

—¿Casado?

—Sí.

—¿En dónde?

—En Inglaterra.

—¿En dónde se halla tu mujer?

—En Londres.

—Nada mas. Vas destinado á la prision de la Force, Evremont.

—¡Dios mio! exclamó Darnay. ¿Y por qué delito y en nombre de qué ley me poneis preso?

El patriota alzó la vista y examinó al detenido.

—Evremont, desde que tú has abandonado la Francia, existen nuevos crímenes y nuevas leyes, dijo con irónica sonrisa y continuando su interrumpida tarea.

—Tened la bondad de fijaros en que yo regreso á mi país por mi propia voluntad y con objeto de responder al llamamiento de uno de mis conciudadanos, cuya carta habeis visto. Llego con el propósito de justificar mi pro-

pia conducta; yo pido que se me permita vindicarme lo más pronto posible; ¿no estoy en mi derecho al hacer esta peticion?

—Los emigrados no tienen ningun derecho, le respondió brutalmente su interlocutor, el cual continuó escribiendo, volvió á leer su mandato, sacudió sobre él la arenilla de la salvadera, y lo entregó al ciudadano Defarge diciéndole:

—Incomunicado.

Defarge hizo un ademán con la mano con que sujetaba el papel, indicando al detenido que le siguiese, y ambos salieron del cuerpo de guardia, escoltados por dos patriotas.

—¿Sois vos, le dijo en voz baja el tabernero, cuando empezaron á cruzar las calles de París, el yerno del doctor Manette, antiguo prisionero en la Bastilla, de execrable memoria?

—Sí, respondió Darnay mirándole con gran sorpresa.

—Yo me llamo Defarge, tabernero en el arrabal de San Antonio. ¿Habeis oído hablar de mí?

—Sí por cierto; mi mujer fué á vuestra casa á buscar á su padre.

Al oírle hablar de su mujer, el rostro del ciudadano Defarge adquirió un aspecto sombrío.

—En nombre de la guillotina, ¿por qué habeis vuelto á Francia? dijo con suma impaciencia.

—Ya os lo he dicho hace un momento; ¿creeis que no es cierto?

—Será cierto, ¡desgraciadamente para vos! dijo Defarge con acento sombrío y fijando en él su penetrante mirada.

—En efecto; está todo tan cambiado y tan distinto, que no comprendo nada de lo que aquí pasa; creo que estoy en un país desconocido. ¿Quereis hacerme un pequeño favor?

—No puedo hacer os favor alguno, dijo Defarge sin volver siquiera la cabeza.

—¿Quereis responder á la pregunta que voy á hacer os?

—Segun y como.

—Desde la prision á donde me envian, despreciando toda idea de justicia, ¿podré comunicarme libremente con la gente de afuera?

—Ya lo vereis.

—Supongo que no me sepultarán allí sin juzgarme y sin escuchar mi defensa.

—Ya lo vereis. Además, ¿qué tendria de particular el que así sucediese? ¿No han sepultado á otros en otras cárceles peores que esa?

—Es que yo no he sido el autor de semejantes atropellos, ciudadano.

—En vez de contestarle, Defarge se contentó con mirarle de soslayo, y continuó andando con paso firme y cada vez más apresurado. Carlos, suponiendo que cuanto más se prolongase el silencio, ménos probabilidades tendria de enternecer al tabernero, añadió inmediatamente:

—Ya comprendereis que es para mí una cuestion de suma importancia el poder hallarme en comunicacion con un agente del Banco Tellson, que se halla en París actualmente, aun cuando sólo sea para hacerle saber que me han encerrado en la Force. ¿Quereis decirselo vos mismo?

—No, respondió Defarge bruscamente. Yo pertenezco al pueblo y á la patria, y he jurado servirlos combatiendo contra todos vosotros.

Carlos comprendió que seria inútil continuar rogándole, además de que su orgullo se lo impedia.

Conforme iba andando, á pesar de lo muy preocupado que se hallaba, no pudo por ménos de observar la indiferencia con que todo el mundo veia conducir un preso. Habia indudablemente una gran costumbre, y la gente

se hallaba familiarizada con tan doloroso espectáculo; ni siquiera á los chiquillos les llamaba la atencion. En aquella época, un hombre bien vestido que iba camino de la cárcel, era una cosa tan corriente como un trabajador que, con su traje de todos los días, se dirigia á su taller.

Al pasar por una calle estrecha y llena de lodo, Carlos vió á un fogoso orador que, encaramado sobre un taburete, relataba á su auditorio todos los crímenes que el rey y la real familia habian cometido en contra del pueblo. Las pocas palabras que pudo oír le hicieron comprender que el rey se hallaba en la cárcel y que los embajadores de las potencias extranjerias habian salido de París.

Hasta aquel instante habia ignorado todas estas circunstancias; la vigilancia que con él se ejercia desde su llegada al territorio francés, habia hecho imposible que adquiriese ninguna noticia de los graves sucesos que ocurrían en aquellos momentos.

A su salida de Inglaterra, suponía los peligros que podia correr en París; pero ya sobre el terreno los comprendia mucho mejor. Las dificultades habian aumentado á cada paso, y el peligro era mucho mayor de lo que él se habia imaginado. No hubiera salido de Londres, indudablemente, si hubiese podido saber la suerte que le aguardaba en Francia, toda vez que ya en la cárcel le era completamente imposible hacer ninguna gestion; pero su inquietud no era tan grande como pudiéramos imaginarnos nosotros que ya conocemos los sucesos que él ignoraba. Por sombrío que fuese el porvenir, este porvenir le era desconocido, y su oscuridad permitia algun acceso á la esperanza. Los horribles asesinatos, cuya duracion debia fatigar á los verdugos y ensangrentar la época de la fecunda cosecha, se hallaban tan lejos de la mente de Carlos Darnay como si, en vez de

algunas horas, hubiesen debido trascurrir siglos enteros antes de que se verificasen. Apenas conocía de nombre la guillotina; á la gente del pueblo le sucedía, poco más ó ménos, otro tanto; y es muy posible que los terribles actos que iban á realizarse no los sospechaban ni áun los mismos hombres que debían ser principales actores. ¿Cómo era posible que el temor germinase en la mente que aún no podía concebirlos?

La encarcelacion y sus torturas, el dolor de una cruel ausencia cuya duracion le era desconocida, el pesar que experimentarían los seres á quienes adoraba con toda su alma, esto era lo que Cárlos Darnay consideraba como la mayor de todas las desgracias; y con esta idea abrumadora llegó al lugar á que se le destinaba.

La reja de la cárcel fué abierta por un hombre de cara rechoncha, al cual presentó Defarge el emigrado.

—¡Qué demonio! exclamó el hombre, pues apenas llueven emigrados!

Defarge cogió el recibo del carcelero sin hacer maldito el caso de aquella exclamacion, y se alejó seguido de sus dos guardias civicos.

—¡Qué demonio! repitió el carcelero al verse solo con el detenido, ¿si traerán más todavía?

La mujer de aquel funcionario, que por lo visto no se hallaba preparada para contestar á semejante pregunta, dijo sencillamente:

—Hay que tener paciencia, amigo mio.

Tres llaveros que pasaban por allí en aquel momento, añadieron en coro:

—¡Hay que sufrir todo eso en nombre de la libertad, ciudadano! Palabras discordantes en los lábios que las pronunciaban.

La prision de la Force era negra, oscura, horriblemente húmeda, y exhalaba un olor nauseabundo.

—¡Incomunicado! murmuró el carcelero contemplando

la órden de arresto. ¡Como si nos fuera posible tener ya más gente incomunicada!

Enganchó el documento en un alambre destinado á este objeto, y se dejó llevar de su mal humor. El detenido, paseándose unas veces á lo largo de la habitacion, y sentándose otras en un banco de piedra, aguardó unos cuarenta minutos con objeto de que el carcelero y sus corifeos grabasen sus facciones en la memoria.

—Vamos, ¡siguemel! dijo el jefe cogiendo por fin las llaves.

Cárlos acompañó á su guía á través del fúnebre resplandor que envolvía los pasillos, subió unos escalones, bajó otros, se detuvo ante unas pesadas puertas, que volvieron á cerrarse con gran estrépito, y fué introducido en una inmensa sala del piso bajo, atestada de detenidos de ambos sexos. Las mujeres, sentadas delante de una larga mesa, escribían, leían, cosían, bordaban ó hacían calceata. La mayor parte de los hombres permanecían de pié detrás de ellas, ó se paseaban por la habitacion.

Dominado por el pensamiento instintivo que asociaba el nombre de preso con el de infamia, el recién llegado quedó completamente ensimismado al entrar en aquella sala que le llenaba de horror; pero poniendo el colmo á su fantástica caminata, todos los detenidos se pusieron en pié para recibirle, y le acogieron con aquella refinada urbanidad de la época y con todas las atenciones y las seducciones de la vida elegante.

Aquellos seductores modales, aquellas profundas cortesías, vistas á la incierta claridad que penetraba en la sala, y apareciendo de improviso entre aquellas desnudas y súcias paredes, en medio de aquella atmósfera impura, desvanecieron á Cárlos y le hicieron creer que había descendido á la mansión de los muertos. ¡Allí no había mas que espectros! La sombra de la belleza, la sombra de la grandeza y de la elegancia, la sombra del orgullo y de la

frivolidad, del talento y de la juventud, la sombra de la vejez, esperando que las llevasen á la otra orilla, dirigian hácia el recién llegado la sombra de las miradas que tenían en otro tiempo. Toda aquella gente habia muerto al penetrar en aquellos lugares.

Cárlos permanecía inmóvil; el carcelero, que se hallaba á su lado, y los individuos que recorrían la sala hubieran podido no tener nada de chocante en el ejercicio de sus habituales funciones, pero puestos al lado de aquellas madres llenas de dolor, de aquellas jóvenes nobles y hermosas, de todas aquellas mujeres educadas con toda la delicadeza posible, su grosería parecia tan extraordinaria que hacia increíble la verosimilitud de la escena que se ofrecia á la vista de Cárlos. Son espectros, sin duda alguna, pensaba interiormente. Aquella caminata nocturna, con un tiempo frio y lluvioso y á través de cenagosos caminos, sólo era un sueño de su enfermiza imaginación; sólo á una horrible pesadilla podia atribuirse la evocación de aquellas sombras.

—En nombre de todos mis compañeros de infortunio, le dijo un noble de magestuoso aspecto que le salió al encuentro, tengo el honor de saludaros y de daros el pésame por la calamidad que os conduce á nuestro lado. ¡Ojalá termine pronto y satisfactoriamente vuestra desgracia! En otro sitio cualquiera podria ser impertinente el preguntaros vuestro nombre y vuestra posición social, pero esta pregunta no tiene aquí nada que deba ofuscaros.

Cárlos volvió en sí, declinó su título y dió gracias á su interlocutor en la forma más conveniente que le fué posible.

—Supongo que no os pondrán incomunicado, repuso el noble siguiendo con la vista al conductor del recién llegado.

—No sé lo que significa esa expresión, pero así me lo han anunciado.

—Pues creed que lo sentimos muy de veras; sin embargo, no os desanimeis: al principio pusieron incomunicados á varios individuos de nuestra sociedad y todos han vuelto poco despues á nuestro lado. Tengo el sentimiento, añadió en voz alta, de anunciar á la asamblea que este caballero viene en clase de incomunicado.

Un murmullo de conmiseración se escuchó inmediatamente, y Cárlos, al atravesar la sala para dirigirse á la puerta en que le aguardaba su guía, recogió la expresión simpática que todos, y especialmente las mujeres, le prodigaban. Volvióse para darles las gracias; en seguida el carcelero cerró la puerta, y las sombras que acababa de entrever desaparecieron para siempre de su vista.

El corredor terminaba en una escalera de piedra que se dirigia hasta los tejados. Despues de subir unos cuarenta peldaños, su guía abrió una puerta pequeña y le hizo entrar en una celda húmeda y fria.

—Aquí es, dijo el carcelero.

—¿Y por qué me encierran aparte?

—No lo sé.

—¿Podeis facilitarme tinta, papel y pluma?

—No me han dicho nada acerca de ese particular; luego vendrán á visitarte y podrás pedirlo, si te parece conveniente; por ahora, puedes comprarte la comida, pero nada más.

La celda contenía una silla, una mesa y un jergon. En tanto que el carcelero inspeccionaba aquellos objetos y examinaba la habitación, Cárlos, que apoyado contra la pared le contemplaba maquinalmente, notó que su cuerpo y su rostro tenían una hinchazón tan malsana, que parecia un ahogado completamente saturado de agua. Cuando se ausentó aquel hombre, el detenido, sin lograr sacudir por completo su pesadilla, exclamó interiormente: «Me deja ahí como un muerto.» Luego se aproximó al jergon y añadió, separando la vista de su repug-

nante aspecto: «y cuando uno deja de vivir, esa horrible podredumbre es la primera trasformacion de la carne.»

—Cinco pasos por cuatro y medio; cuatro pasos y medio por cinco; cinco pasos por cuatro y medio, murmuró el preso paseándose por su celda; y escuchando el rumor de la ciudad, que llegaba débilmente á su oído como el sonido de los tambores enlutados, unas voces resonantes repitieron: «El hacia zapatos, él hacia zapatos.» El detenido volvió á pasearse de nuevo por su celda, precipitó sus pasos y los contó en voz alta como si quisiera así escapar á aquella dolorosa obsesion.

«Entre aquellas sombras, que se desvanecieron cuando volvió á cerrarse la puerta, habia una mujer enlutada y apoyada en el quicio de una ventana. Un pequeño rayo de luz brillaba sobre sus dorados cabellos; aquella mujer se parecia extraordinariamente á... ¡En nombre del cielo! corramos por los caminos y á través de los pueblos, cuyos habitantes, en vez de dormir, bailaban con devorante frenesí... ¡El hacia zapatos! ¡El hacia zapatos!... ¡Dios mio!... ¡Cinco pasos por cuatro y medio; cinco pasos por cuatro y medio!»...

El prisionero, sacudiendo uno tras otro aquellos trozos de frases que surgian de las profundidades de su alma, precipitaba cada vez más su marcha, contaba obstinadamente los pasos que iba dando, y á los rumores de la ciudad, que continuaban oyéndose como el sonido de los fúnebres tambores, se unian las voces desgarradoras de las personas á quienes amaba.

## CAPITULO II.

### La piedra de afilar.

La sucursal que la casa Tellson e habia establecido en París ocupaba, en el arrabal de San German, el ala izquierda de un inmenso palacio, y se hallaba situada en el fondo de un gran pátio; un elevado y sólido paredon separaban de la calle aquel pátio, y flanqueaba por uno y otro lado una puerta cochera de una resistencia á toda prueba. El noble á quien pertenecia aquel palacio, lo habia habitado hasta el momento en que habia huído de la capital disfrazado con el traje de su cocinero, para dirigirse apresuradamente á la frontera más próxima. Asustado como un animalillo cualquiera, escapándose al primer grito de los cazadores, no por eso dejaba de ser en su metempsicosis, el monseñor cuyo chocolate necesitaba en otro tiempo para llegar á sus lábios, el concurso de cuatro hombres vigorosos, sin contar en este número al que lo preparaba.

Al ausentarse monseñor, sus robustos criados se habian absuelto del crimen de haber cobrado sus salarios, declarándose dispuestos á cortarle el pescuezo; su palacio habia sido secuestrado y confiscado poco despues. Las cosas iban tan de prisa y los decretos se prodigaban con tal rapidez, que en la noche del 3 de Setiembre, varios emisarios de la ley se hallaban en posesión del palacio, que habian decorado con una bandera roja, y bebian aguardiente en las habitaciones de recepcion.

En Lóndres, un local semejante al que Tellson e ocupaba en el palacio de monseñor, hubiese sacado la casa fuera de su centro y hasta la *Gaceta* hubiera censurado semejante lujo. ¿Qué hubieran dicho la responsabilidad y